

El perdón no debe ser hueco

La venganza ha marcado el conflicto colombiano desde sus orígenes y el perdón no parece acercarse. ¿Podrá la sociedad colombiana romper ese ciclo?

Alicia* es una mujer dulce y risueña pero al mismo tiempo endurecida por los embates de la guerra. Terminó desplazada por las Farc de su Cauca natal después del asesinato de un primo. Y, como a muchos colombianos más, el conflicto le despertó una sed de venganza.

Sabía quién lo había matado y cómo hacerse a un arma, pero no tuvo la oportunidad de ejecutar su plan. A los pocos días de haber enterrado a su primo, llegaron unos milicianos a su casa para advertirle que el comandante les había ordenado matarla. Salió corriendo con su familia.

No pudo cobrarla ella misma, pero Alicia tuvo su venganza. La Policía allanó las casas de unos milicianos y mataron a varios de ellos, incluyendo unos que participaron en la muerte del primo. “Primero me sentí feliz, pero al mismo tiempo sentí remordimiento”, recuerda. Hoy, siente que no sirvió de nada. “¿Yo qué gané con la muerte de ellos?” se pregunta Alicia. “Nada, sino el odio de sus familias”.

Los sentimientos de Alicia reflejan las pasiones que despiertan en muchos colombianos las atrocidades de la guerra. Y con razón. Nadie se puede quedar impávido ante los horrores.

Pero la venganza parece ser una reacción aceptada ante los agravios. Si no, la frase “ajuste de cuentas” no se usaría con tanta ligereza por autoridades y medios.

Ahora que se avecina un acuerdo de paz con las Farc, la necesidad de parar los ciclos de venganza tanto personal como política se hace esencial para que esa paz



LUIS MORENO, un desmovilizado de las Farc, y César Montealegre, un empresario caqueteño secuestrado en 1999 por esta guerrilla, son un claro ejemplo de perdón. Desde hace 11 años Montealegre le dio empleo a 'Lucho' en su finca, aun cuando este último perteneció al frente guerrillero que lo tuvo en cautiverio ocho meses.

se pueda escribir más adelante en los textos de historia con mayúsculas, y no como una paz más, corta e inestable, entre una guerra y otra.

La venganza ha marcado el conflicto colombiano desde sus inicios. Hasta muy avanzada edad el legendario líder de las Farc Manuel Marulanda seguía reclamando el azote de los chulavitas y pájaros conservadores y, aunque parezca folclórico, la muerte de sus gallinas y marranos en el bombardeo de Marquetalia en 1964.

Carlos Castaño, el líder paramilitar estridente e irascible, en el libro *Mi confesión* dejó claro que para él y sus hermanos, primero vino la venganza por la muerte de su padre a manos de las Farc, en 1979, y luego el proyecto político-militar. “Durante el primer año fuimos una organización de espíritu exclusivamente vengativo, y cuando ya habíamos ejecutado a la mayor parte de los asesinos de mi padre, comenzamos a ser justicieros... Así de sencillo”, le dijo al autor Mario Aranguren.

4

POR SIBYLLA
BRODZINSKY

Corresponsal para *The Guardian* y *The Economist* en Colombia.



Incluso se le atribuye a la venganza la intensidad de la política de Seguridad Democrática del expresidente Álvaro Uribe contra las Farc. Uribe responsabiliza a esa guerrilla por la muerte de su padre, en 1983, durante un intento de secuestro, aunque las Farc nieguen que fueron ellos.

La venganza incluso llegó a extremos que serían risibles si no tuvieran efectos tan macabros. Como en el caso de un paramilitar cualquiera en un paraje perdido del Putumayo, por allá en 2001, quien dijo que se había metido a las autodefensas porque la guerrilla le había matado lo que más quería en la vida: un perro de raza

su padre y dos hermanos. Él mismo sobrevivió dos atentados. Trató de esconderse en el anonimato de Bogotá, pero fue inútil. Ya estaba por emprender viaje al monte cuando decidió buscar asilo en otro país. “La única razón porque pensé irme con la guerrilla era para protegerme”, dice.

Y el hecho es que la gran mayoría de colombianos no son vengativos. Si no, habría más de 7 millones de personas en armas, uno para cada víctima que ha dejado el conflicto.

De hecho la mayoría de las víctimas directas de los flagelos de la guerra ni siquiera exigen cárcel para sus victimarios. Esas demandas vienen más de las grandes ciudades en donde poco se ha sentido la guerra, que del campo que no ha conocido otra cosa.

“El discurso de la venganza política se apoya sobre unas víctimas que no piden venganza”, señala el historiador Gonzalo Sánchez, director del Centro Nacional de Memoria Histórica.

De ahí la diferencia entre la venganza y el perdón personal, y la venganza y el perdón político. La venganza política resultó en la muerte de 3.000 miembros de la Unión Patriótica, y la venganza política llevó a algunos miembros del partido a tomar las armas.

En Colombia, la venganza política se ve no solo en confrontaciones violentas sino también en la persecución política y la exclusión de una oposición democrática no armada, argumenta Adriana Roque, profesora de una cátedra sobre paz en la Universidad del Rosario. “Invisibilizar a alguien políticamente es violencia también”, dice.

Y el discurso político vengativo que se sigue oyendo puede generar venganzas violentas. De hecho, ya se está viendo lo que podría ser una nueva espiral de violencia contra líderes sociales y de izquierda.

Pero Colombia ya ha empezado a romper los ciclos de la venganza con el reconocimiento de las víctimas en un esfuerzo no solo de los actores armados, sino de la sociedad en su conjunto. La construcción de memoria, incluso más que las reparaciones económicas, le da validez a su dolor y sufrimiento.

El gobierno y las Farc le han apostado a una justicia restaurativa que in-

volucra a todos los actores del conflicto, incluyendo militares y guerrilleros del ELN si es que se unen al esfuerzo de paz. En ese sentido, se dejó de lado la idea de una justicia vengativa.

Pero esa justicia debe ser un punto de partida para llegar al perdón entendido como la renuncia a la venganza. No puede ser un perdón hueco, impuesto desde algún tribunal a los diferentes actores.

Colombia necesita buscar un perdón que se construya entre víctima y victimario. Los victimarios, sean del lado que sean, tienen que hacerse merecedores de él a través de actos de reparación, remordimiento y reconocimiento concertados con los mismos afectados. Lo que piden las víctimas de Bojayá, Chocó, para conceder su perdón no será igual a lo que pedirán los habitantes, por ejemplo, de Toribío, Cauca. Solo las víctimas mismas saben qué necesitan para sanar las heridas y dejar el pasado en el pasado.

Solo así se podría romper el ciclo de venganzas que ha sufrido el país durante largas décadas y se podría hablar de una paz verdadera. ■

*El relato de Alicia hace parte del libro *Tirando Piedras a la Luna: narrativas de Colombianos Desplazados por la Violencia* compilado y editado por Sibylla Brodzinsky y Max Schoening y publicado en Estados Unidos por McSweeney's. Su nombre ha sido cambiado por temor a una venganza.

LA HUELLA

En Colombia hay 8 millones de víctimas del conflicto. De 1985 a 2013 murieron 220.000 personas por cuenta de la guerra, de las cuales el 81 por ciento eran civiles. Hay más de 45.000 personas reportadas como desaparecidas forzosamente, casi dos mil víctimas de violencia sexual, más de 6.000 niños que fueron reclutados por grupos armados y 6 millones ochocientos mil desplazados. Un poco más de 27.000 colombianos han estado secuestrados y 11.418 han caído en minas antipersonal. ¿Qué tanto espacio hay para el perdón?

Fuente: Unidad de Víctimas e Informe Basta Ya del Centro Nacional de Memoria Histórica.